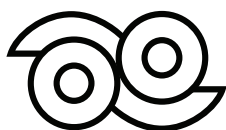


Tótem y tabú



Tótem y tabú

Sigmund Freud

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Prólogo de Jean-Michel Hirt

Amorrortu editores

Buenos Aires - Madrid

El título original en alemán de la presente obra de Sigmund Freud, cuyos derechos se consignan a continuación, figura en la página 27.

© Copyright de las obras de Sigmund Freud, Sigmund Freud Copyrights Ltd.

© Copyright del ordenamiento, comentarios y notas de la edición inglesa, James Strachey, 1955

© Copyright de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa, Presses Universitaires de France, 2010

© Copyright de la edición castellana, Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires, 1976, 2012

Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3° izq. - 28006 Madrid

www.amorrortueditores.com

Traducción directa del alemán de las obras de Sigmund Freud: José Luis Etcheverry

Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson

Traducción de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa: Horacio Pons

Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto

Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 978-950-518-869-7

ISBN 978-2-13-057956-4, París (edición francesa)

Freud, Sigmund

Tótem y tabú. - 1ª ed. - Buenos Aires : Amorrortu, 2015.
264 p. ; 21x12 cm.

Traducción de: José Luis Etcheverry

ISBN 978-950-518-869-7

1. Psicoanálisis. I. Etcheverry, José Luis, trad. II. Título.
CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en septiembre de 2015.

Tirada de esta edición: 3.000 ejemplares.

Índice general

- 9 Características de esta edición
- 11 Lista de abreviaturas
- 13 Prólogo. Un salvajismo imperecedero, *Jean-Michel Hirt*
- 25 Tótem y tabú
Algunas concordancias en la vida anímica
de los salvajes y de los neuróticos
(1913 [1912-13])
- 27 Nota introductoria, *James Strachey*
- 33 *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida
anímica de los salvajes y de los neuróticos*
- 33 Prólogo
- 37 Prólogo a la edición en hebreo
- 39 I. El horror al incesto
- 59 II. El tabú y la ambivalencia de las mociones
de sentimiento
- 123 III. Animismo, magia y omnipotencia
de los pensamientos
- 153 IV. El retorno del totemismo en la infancia
- 229 Anexo. Sobre algunas concordancias en la vida
anímica de los salvajes y de los neuróticos

ÍNDICE GENERAL

- 233 Apéndice. Escritos de Freud que versan
sobre antropología social, mitología e historia
de las religiones
- 235 Bibliografía e índice de autores
- 247 Índice alfabético

Características de esta edición

La selección de escritos de Sigmund Freud de la que forma parte este libro se basa, esencialmente, en la edición de sus *Obras completas* publicada por nuestro sello editorial, entre 1978 y 1985, en 24 tomos, cuyos textos reproduce exactamente. Esta nueva versión —que en cada volumen presenta uno de los trabajos de mayor relevancia del autor austríaco, o bien reúne escritos más breves referidos a la misma temática— se ve enriquecida por el significativo aporte de un equipo de especialistas que tuvo a su cargo la publicación de las obras completas de Sigmund Freud en lengua francesa, bajo la dirección de André Bourguignon, Pierre Cotet y Jean Laplanche. Cada libro comienza con un pormenorizado prólogo de uno de aquellos, en el cual se exponen análisis, reflexiones y comentarios sobre la obra o temática tratada y se entrecruzan referencias a otros trabajos de Freud; y en los propios textos de este se introducen notas a pie de página con apuntes lexicográficos, históricos, literarios, etc. En algunos volúmenes se incorporan, asimismo, breves textos inéditos.

Esta edición incluye: 1) Los escritos de Sigmund Freud, traducidos directamente del alemán por José Luis Etcheverry¹ y cotejados con *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*,² edición a cargo de James B. Stra-

¹ La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34), a la que siguieron las *Gesammelte Werke* (Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52). Para la presente traducción se tomó como base la 4ª reimpression de estas últimas, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75).

² Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74.

chey. 2) Comentarios de este último previos a cada escrito. 3) Notas a pie de página de Strachey (entre corchetes, para diferenciarlas de las de Freud), en las que se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 4) Notas a pie de página entre llaves (identificadas con un asterisco en el cuerpo principal), que se refieren, las más de las veces, a problemas propios de la traducción al castellano. 5) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey consideró indispensables para su correcta comprensión. 6) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular o, tratándose de verbos, en infinitivo). 7) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 8) Índice alfabético de autores y temas, al que se le suman, en ciertos casos, algunos índices especiales (p. ej., «Índice de sueños», «Índice de operaciones fallidas», etc.).

Las notas a pie de página de los traductores franceses aparecen separadas de las correspondientes a Freud y Strachey y a la traducción castellana, y con numeración independiente (el número respectivo se consigna entre paréntesis tanto dentro del texto como en la nota propiamente dicha).

Antes de cada trabajo de Freud, se mencionan sus sucesivas ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.³

³ A este fin, entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 235.)

- AE* Freud, *Obras completas* (24 vols.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- BN* Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.*
- EA* Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.
- GS* Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
- GW* Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
- OCP* Freud, *Œuvres complètes Psychanalyse* (21 vols.). París: Presses Universitaires de France, 1988-.
- RP* *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943-.
- SA* Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

LISTA DE ABREVIATURAS

- SE Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.
- SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.

Prólogo. Un salvajismo imperecedero

Jean-Michel Hirt

A la memoria de Nathalie Zaltzman.

El 11 de agosto de 1911, Freud le escribe a Ferenczi: «Soy por entero *Tótem y tabú*». Estar atento a semejante declaración de autor es tomar en serio lo que se juega de esencial en ella: «un flechazo», dirá Wladimir Granoff, entre Freud y los primitivos, entre un hombre y su trabajo de pensamiento. Resta leerlo y desplegar sus abundantes registros para oír latir el corazón del inventor del psicoanálisis; y si encabezo un prólogo a *Tótem y tabú*. *Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos* con la confesión de su identificación, lo hago ex profeso. En esta obra, Freud surge como un «héroe» que, salido de la masa, cuenta en su propio nombre los actos homicidas y los deseos inconfesados de ella. En el presente y en la realidad psíquica de cada persona se perpetúa, en efecto, un salvajismo «indestructible» e «inco-rregible», ligado a la «constitución psíquica primitiva del niño» y a los mecanismos de defensa dirigidos contra los excesos de nuestra *naturaleza*, verdadera condición original heredada por la especie humana a través de la sucesión de las eras. Tal es el centro neurálgico de la especulación de Freud cuando este demuestra que «el tabú (. . .) sigue existiendo entre nosotros» y nos enseña las múltiples modalidades de transmisión de ese patrimonio turbulento desde la noche de los tiempos. Resultado de ello, venidas desde el fondo de las épocas, son en especial estas posturas tan habituales en el individuo: la creencia en su omnipotencia y la «conducta ambivalente» para con los otros, posturas que no dejan de recordar que el «fundamento del tabú es un obrar prohibido para el que hay intensa inclinación en lo inconsciente».

Imaginemos por un instante *lo ominoso* de esa obra publicada en 1913, en vísperas de la Gran Guerra, la primera de las que iban a enterrar, en el campo santo de las trincheras, las últimas ilusiones que el llamado «mundo civilizado» podía alimentar con respecto a sí mismo. En esa época, en todo el ámbito occidental se desplegaba triunfante la supremacía cultural del hombre blanco, seguro de sí y dominador, empeñado en propagar *urbi et orbi* su definición de lo humano y sus ideales. La violencia del colonizador no vacilaba en echar mano a las virtudes de la misión civilizadora que él se arrogaba frente a los *indígenas*. La ideología jurídica que sustituía a la creencia religiosa pretendía garantizar un orden alejado de la desmesura y opuesto a los abusos de la tiranía política tanto como a los desbordes de las masas. Y de pronto aparece un hombre fuera de lo común, un «judío infiel»: Freud. Basado en sus observaciones clínicas y en el estudio de la literatura antropológica de su tiempo, aquel que encarna al psicoanálisis se atreve a afirmar que el hombre salvaje vela dentro del hombre civilizado, que es vano querer olvidarlo, y peligroso creer que se ha dejado atrás la inhumanidad inherente a la vida pulsional.

Inmersos en la despreocupación de la *Belle Époque*, ¿cómo habrían podido creerlo sus contemporáneos, antes de que se desencadenase en un diluvio de hierro y fuego el furor de destrucción que se apoderó de naciones europeas tan civilizadas? Pero, ¿cómo soportar desde entonces a ese hombre en cuya vida psíquica Freud va a revelar los deseos despiadados, entre los cuales se destacan en primera fila el incesto, el asesinato y la antropofagia? Si el canibalismo parece al menos un acto en retroceso entre los hombres, y hasta espiritualizado en rituales religiosos como el de la Cena cristiana, habrá que guardarse de olvidar los innumerables intentos de colonización o asimilación del otro —con las emanaciones digestivas correspondientes— que suelen caracterizar a tantas conductas tendientes a civilizarlo en nombre de la Democracia y los Dere-

chos del Hombre. ¿Cómo perdonar a Freud por no haberse conformado con discernir, y en cambio haber establecido, el lazo inexorable entre el deseo y la prohibición?: «En efecto, no es preciso prohibir lo que nadie anhela hacer, y es evidente que aquello que se prohíbe de la manera más expresa tiene que ser objeto de un anhelo». El malentendido, la ignorancia o, peor aún, el reconocimiento saldrán inmediatamente al encuentro del psicoanálisis, pero la disensión entre este y la sociedad en la cual se inscribe no tiene razón alguna para cesar, salvo que, bajo las embestidas de la adaptación a las exigencias civilizadoras de la concepción científica del mundo, se debiliten las relaciones a menudo peligrosas entre el pensamiento mágico y el pensamiento racional, ambos resultantes de los principios de placer y de realidad que gobiernan a los individuos.

Tótem y tabú es, a buen seguro, la obra de Freud que mejor permite evaluar su dimensión. Júzguese: a lo largo de cuatro estudios que van del horror al incesto y del tabú y la ambivalencia de los sentimientos al animismo y la omnipotencia de los pensamientos, antes de culminar en el retorno infantil del totemismo, aquel propone una historia del alma desde la aurora de la humanidad. Jamás el hombre de narcisismo ya herido por Freud, por el descubrimiento del imperio del inconsciente sobre su persona, se había topado con tanto espesor y complejidad. Y jamás se había aventurado el propio Freud a pintar un fresco metapsicológico tan vasto, en el cual la analogía trazada por una escritura específicamente analítica da testimonio de su fecundidad hasta llevarlo «a pensar a la manera de los mitos», si seguimos a un Lévi-Strauss tan poco inclinado a elogiarlo. Al leer a Freud, cada hombre puede reconectarse trágicamente en sí mismo con las huellas psíquicas de su hominización y su humanización. Los sucesivos estratos de las concepciones del mundo que le dieron forma se ordenan ante sus ojos. Ninguno ha desaparecido, todos subsisten en su alma, convertida en un aparato funcional cuya

disección efectúa Freud. Una certeza se impone: para nuestros primitivos antecesores, la realidad psíquica englobó en un principio toda la realidad, y el animismo, la capacidad inconsciente de conferir un alma tanto a las piedras y las plantas como a los animales, fue la «primera cosmovisión de la humanidad». Gracias a la omnipotencia de los pensamientos, al narcisismo que ella anuncia y a la magia que destila, antaño los primeros hombres, como los neuróticos hoy en día, creían que podían influir con esta «técnica del modo de pensar animista» en las fuerzas presentes por doquier en el mundo, y gobernar los fenómenos de los cuales dependen la vida y la muerte. Conocer el nombre de alguien permite ejercer poder sobre la persona de su portador. Bailar para hacer que llueva o aparearse en un campo para obtener una cosecha abundante constituyen una cautivante correlación de actos suscitados por el pensamiento mágico. La realidad exterior no existe entonces como tal y no se logra objetivarla: la única realidad es aquella en que los deseos humanos concuerdan con la voluntad de los espíritus o se oponen a ella. Los pueblos *inactuales*, que en el siglo XX siguen practicando esos encantamientos, lo atestiguan por el valor que les otorgan a sus tótems y a los tabúes inspirados por ellos. Lejos de procurarles una libertad ilimitada, de estos se desprenden reglas estrictas, que organizan las formas de parentesco y los intercambios sexuales, como efectos de una prohibición del incesto extendida a los vínculos del clan y no sólo a los lazos de sangre, con su corolario: la obligación de la exogamia. Como puntualiza Freud: «La primera cosmovisión a que los hombres arribaron, la del animismo, era psicológica, no necesitaba de ciencia alguna como fundamento, pues la ciencia sólo nace cuando uno ha inteligido que no conoce al mundo y por eso tiene que buscar caminos para tomar conocimiento de él. Ahora bien, el animismo era para el hombre primitivo algo natural y evidente por sí; sabía cómo son las cosas del mundo: son como el hombre se siente a sí mismo. Por eso estamos preparados para descubrir que el hombre primitivo trasladara al mundo

exterior constelaciones estructurales de su propia psique, y, por otra parte, ello nos autoriza a intentar el retraslado al alma humana de aquello que el animismo enseña acerca de la naturaleza de las cosas».

La evolución ulterior de la humanidad la llevará a adoptar la concepción religiosa del mundo, en la cual la separación introducida entre lo sagrado y lo profano permite esbozar la distinción entre la realidad física y la realidad psíquica; y luego, a volverse hacia la concepción científica y *desacralizada*, en que la conquista de una realidad reunificada por la razón, como lo había sido en la época animista por la creencia, pasa por el descubrimiento de las leyes específicas que rigen el mundo interno y externo, por medio de la formalización del lenguaje matemático. «Si damos por supuesta —escribe Freud— la (. . .) historia de desarrollo de las cosmovisiones humanas, en que la fase *animista* es relevada por la *religiosa* y esta por la *científica*, no nos resultará difícil perseguir los destinos de la “omnipotencia de los pensamientos” a través de esas fases. En el estadio animista, el hombre se atribuye la omnipotencia a sí mismo; en el religioso, la ha cedido a los dioses, pero no renuncia seriamente a ella, pues se reserva, por medio de múltiples influjos, guiar la voluntad de los dioses de acuerdo con sus propios deseos. En la cosmovisión científica ya no queda espacio alguno para la omnipotencia del hombre, que se ha confesado su pequeñez y se resigna a la muerte, así como se somete a todas las otras necesidades naturales. Sin embargo, en la confianza en el poder del espíritu humano, en la medida en que este tome en cuenta las leyes de la realidad efectiva, revive un fragmento de la primitiva creencia en la omnipotencia».

Hacia el final de su vida, en 1933, Freud volverá a ocuparse de la rivalidad permanente entre esas tres cosmovisiones inmarcesibles, sus interacciones y su predominio respectivo dentro de la «vida anímica», en la 35^a de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Empero, ya en *Tótem y tabú* se plantean las premisas de las relaciones y articulacio-

nes de lo psíquico con lo cultural, que generan un inconsciente a la vez individual y colectivo, y no dos inconscientes, como lo postulaba Jung, el más cercano de los adversarios a quienes también apunta este libro de Freud. El aparato anímico influye sobre la construcción de lo cultural y, a la recíproca, percibe, a través de la interiorización de las prohibiciones, las conminaciones que lo cultural le dirige. Ya se anuncia en germen la teoría del superyó, que Freud expondrá en el capítulo VII de *El malestar en la cultura*, de 1929, y se preparan, sobre todo, las innovaciones de su última obra, *Moisés y la religión monoteísta*, un decenio más tarde (1939): la renuncia pulsional obtenida por el «trabajo de cultura», «*Kulturarbeit*», un proceso intrapsíquico a la vez individual y colectivo, que genera un incremento de conciencia arrancado tras dura lucha a la vida pulsional. «Si se toma la represión de lo pulsional —sostiene Freud— como una medida del nivel de cultura alcanzado, es preciso confesar que también bajo el sistema animista acontecieron progresos y desarrollos que se menosprecian injustamente a causa de su motivación supersticiosa. (. . .) Por más que estas prohibiciones invoquen como fundamento un nexo mágico, es inequívoca la representación que está en su base: ganar mayor fuerza por renuncia a una satisfacción pulsional».

Si bien Freud toma, como pretende, de los relatos de los etnólogos el material que le permite construir sus hipótesis, se guarda de presentarlo sin cambios y le aplica su método, que consiste, a semejanza del sueño, en separar el contenido latente del contenido manifiesto e interpretar las informaciones que ello aporta en función de las enseñanzas a que ha llegado el psicoanálisis: ante todo, la primacía de la sexualidad y la importancia del complejo edípico, concepción que Jung está abandonando en beneficio de una «energía vital» más filosófica que sexual. De ese modo, Freud logra mostrar que las actitudes y las conductas que los primitivos tienen respecto del tótem permiten echar luz sobre los síntomas de los pacientes sometidos a una neurosis obsesiva, y con ello prueba

la persistencia del pensamiento mágico característico del animismo en la realidad psíquica. «Resumamos ahora —dice— los puntos en que se muestra con la mayor nitidez la concordancia de los usos del tabú con los síntomas de la neurosis obsesiva: 1) el carácter inmotivado de los mandamientos; 2) su refirmación por constreñimiento interno; 3) su desplazabilidad, y el peligro de contagio por lo prohibido, y 4) la causación de acciones ceremoniales, mandamientos que provienen de prohibiciones». Se explican, por lo tanto, las concordancias entre los salvajes y los neuróticos: en el interior de cada hombre no ha desaparecido nada de las edades anteriores de la humanidad, cuyos restos, huellas y vestigios afloran en los síntomas que él presenta. Ahora, el paciente se dirigirá al «ensalmo tan lento» del psicoanálisis, según la expresión de Freud, para reconocer en sí mismo el vigor de esa otra lógica, la del inconsciente, con la cual armoniza tan bien el alma primitiva. La enfermedad psíquica da testimonio del conflicto de intereses entre esas dos lógicas muy diferentes que cada quien alberga: la de la realidad interna, aliada a los procesos primarios, y la de la realidad externa, acoplada a los procesos secundarios. El hombre aparece como un yo dividido que debe ponerse al servicio de «tres déspotas»: el ello, el superyó y el mundo exterior, así como de sus exigencias antagónicas, concepción que Freud presentará en la 31ª de las *Nuevas conferencias*. . . Sin embargo, dos de los mecanismos psíquicos que él descubre en la conducta de los primitivos con respecto a su tótem van a constituir el hilo conductor de su obra: la ambivalencia de los sentimientos y la omnipotencia de los pensamientos. Estos dos mecanismos se mantienen activos en la vida anímica aun cuando el totemismo haya desaparecido. La ambivalencia y la omnipotencia constituirán los indicios del acontecimiento que llevará a Freud, y a su lector tras él, hasta el núcleo tan insoportable de su exposición. En *Filiations*, Granoff destacará hasta qué punto la inclinación al asesinato ínsita en el hombre va a transformarse continuamente en «superstición denegadora de una verdad inaceptable».

Aquello que ningún hombre desea no hay necesidad alguna de prohibirlo. Esta comprobación ha permitido ya sacar a la luz las poderosas mociones pulsionales que animan al individuo: la crisis edípica —y el nudo de la acción psíquica que ella oculta: el asesinato del padre— constituye su teatro necesario y perpetuo. «Así —concluye Freud—, querría enunciar este resultado: que en el complejo de Edipo se conjugan los comienzos de la religión, la eticidad, la sociedad y el arte, y ello, en plena armonía con la comprobación del psicoanálisis de que este complejo constituye el núcleo de todas las neurosis». Por consiguiente, lo que se juega en la historia de cada quien se juega, asimismo, en una escala muy distinta, en la historia de aquellos a los que Freud llama «individuos-pueblos». El horror de las carnicerías de la Primera Guerra Mundial va a imponerlo con terrible evidencia. Por desdicha, las evidencias obnubilan el pensamiento y le impiden desprenderse de lo visible. En este aspecto, no hay riesgo alguno en un hombre como Freud, tan reactivo a las imágenes y su fascinación. Lo que despierta su atención es el hecho de que en las transgresiones de la prohibición se refuerzan las razones de esta última. Si el asesinato y el incesto son objeto de una proscripción tan severa en las sociedades humanas, ello se debe a que no dejan de ser alentados por la omnipotencia de los pensamientos y deseados con un ardor en el que la sofocación cultural no hace mella. Tan pronto como las circunstancias lo permiten —y la guerra constituye un pretexto ideal—, los tabúes, cuyos retoños son las prohibiciones actuales, se levantan momentáneamente y las pulsiones se lanzan como fieras sobre sus objetos para destruirlos. El goce del guerrero moderno tiene siempre ese precio, pero sin la influencia de la «sensibilidad ética» que Freud advierte aún en los salvajes. A partir de las manifestaciones primitivas de violencia, muy enmarcadas por los ritos y los tabúes, Freud, a la manera de Marlow (el héroe de *El corazón de las tinieblas*, la novela de Joseph Conrad), va a remontar el curso del río del continente enterrado que explora, hasta desembocar en el acto fundador

tanto de la humanidad como de la sociedad: un asesinato. Ni la sexualidad ni la cultura podrán deshacerse del horizonte de ese crimen: la lección de Sade recibe aquí de Freud su confirmación material. Se comprende por qué tantos hombres instruidos hicieron tantos esfuerzos por negar ese asesinato —como más adelante se negará con la misma vehemencia la pulsión de muerte—, para reducirlo a una fantasía de Freud, un mito o una ficción; en definitiva, todo, salvo un acto que se produjo y siempre vuelve a producirse en el alma de cada hombre, «un asesinato que todos cometemos» (para recurrir esta vez al título de la novela de Heimito von Doderer). Empero, no son las ficciones surgidas de la mente las que provocan el asesinato inaugural del padre; antes bien, Freud se vale de ellas como brújulas que le indican la persistencia de ese sangriento gesto originario, ese acto que, una vez cometido, va a ser *re-presentado* sin cesar por el trabajo de cultura que él suscita tanto en la evolución de la especie como en la singularidad del individuo. Freud reconstruye, pues, el acontecimiento que preside el nacimiento de la vida humana en sociedad: el asesinato del padre de la horda, que expulsaba o mataba a sus descendientes masculinos a fin de guardar para sí a todas las mujeres. «Un día» los varones excluidos se unieron para matarlo y devorarlo, con el objeto de repartir su fuerza entre todos. El incesto con las madres y las hermanas tampoco pudo dejar de acompañar su exceso. Tras entregarse juntos a tales actos, los varones se comprometen a no dejar ya jamás que ninguno de ellos tome el lugar del poder absoluto, que ha quedado vacío con la desaparición del tirano arcaico. En el origen de la cultura surge una escena asesina, caníbal e incestuosa, en principio reprimida y después reinstaurada bajo la forma de las restricciones asociadas al tótem y, más adelante, a la necesidad religiosa. «La sociedad —comprueba sobriamente Freud— descansa ahora en la culpa compartida por el crimen perpetrado en común; la religión, en la conciencia de culpa y el arrepentimiento consiguiente; la eticidad, en parte,

en las necesidades objetivas de esta sociedad y, en lo restante, en las expiaciones exigidas por la conciencia de culpa».

Esta escena, en la que triunfan a la vez la ambivalencia y la omnipotencia, sigue siendo inadmisibles en cuanto está afectada por la represión; Freud la reconstruirá sobre la base de su descubrimiento del complejo de Edipo y su interpretación: el asesinato del padre es la piedra angular de ese complejo, y un olvido inevitable ocasiona sus innumerables repeticiones. Se trata del acontecimiento primordial y fundacional, cuyo valor deriva de su principal consecuencia psíquica, que es el reconocimiento de *un padre en dos*: el asesinado por odio a su omnipotencia y el exaltado hasta convertirse en una figura divina única por la nostalgia y el recuerdo de los hijos. Como Freud lo señala, «sólo hace falta suponer que la banda de los hermanos amotinados estaba gobernada, respecto del padre, por los mismos contradictorios sentimientos que podemos pesquisar como contenido de la ambivalencia del complejo paterno en cada uno de nuestros niños y de nuestros neuróticos. Odiaban a ese padre que tan gran obstáculo significaba para su necesidad de poder y sus exigencias sexuales, pero también lo amaban y admiraban. Tras eliminarlo, tras satisfacer su odio e imponer su deseo de identificarse con él, forzosamente se abrieron paso las mociones tiernas avasalladas entretanto. Aconteció en la forma del arrepentimiento; así nació una conciencia de culpa que en este caso coincidía con el arrepentimiento sentido en común. El muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida; todo esto, tal como seguimos viéndolo hoy en los destinos humanos». A causa de la represión de su asesinato, y gracias al retorno ulterior de lo reprimido, el jefe de la horda, una vez muerto, puede volver a ser el padre de los hijos que descubren bajo una nueva luz la ambivalencia que alimentan a su respecto. «Revocaron su *hazaña* —prosigue Freud— declarando no permitida la muerte del sustituto paterno, el tótem, y renunciaron a sus frutos denegándose las mujeres liberadas. Así, desde la *conciencia de culpa del hijo varón*, ellos crearon los dos tabúes fundamenta-

les del totemismo, que por eso mismo necesariamente coincidieron con los dos deseos reprimidos del complejo de Edipo».

Al entregarse a la arqueología de ese complejo paterno, Freud devela la concomitancia del surgimiento de los tabúes y del lazo social homosexual que reúne a los hermanos en sociedad: dos caminos que a continuación va a profundizar, tanto en *El malestar en la cultura*, en conexión con la formación del superyó y del ideal del yo, como en *Moisés. . .*, con el renacimiento de la referencia paterna gracias a *la religión monoteísta* y el impacto de la paternidad sobre «el progreso en la espiritualidad». A la vez testamento y «novela histórica», esta obra tan enigmática, escrita en el final de una vida consagrada en su totalidad a los enigmas del alma, aparece al mismo tiempo como la continuación magistral de *Tótem y tabú* y como *la piedra angular* del edificio psicoanalítico; pero, ¿no exige a cambio releerlo todo a su luz?

Para comprender la perennidad del asesinato primordial es necesario admitir las consecuencias anímicas de ese acto decisivo, instituyente de lo humano y lo inhumano. «En el comienzo fue la acción»: esta última frase de Freud, tomada del *Fausto* de Goethe, signa el final de *Tótem y tabú* y anuncia la supervivencia de ese comienzo para un inconsciente que ignora el tiempo de los relojes y para el cual «deseos e impulsos poseen el pleno valor de hechos». A partir del tratamiento psíquico de ese asesinato, al negar o confesar su realización, el judaísmo y luego el cristianismo establecerán su influjo sobre las conciencias; por medio de sus símbolos, abrirán el camino no tanto a la represión como a la renuncia pulsional. No obstante, la verdad histórica que las religiones exponen depende aún en exceso del «pedestal de barro» de las ilusiones que imponen. Sólo en una concepción científica del mundo, capaz de dar cabida en su seno al psicoanálisis, podrá aquel asesinato hallar en la cura el lugar de su expresión para la vida anímica de cada hombre. Pero en la psique no hay nada que se adquiera de manera definitiva, y los desbordes pulsionales del siglo XX aportarán las terribles pruebas de las re-

gresiones colectivas de los individuos-pueblos. Tanto más cuanto que nada nos asegura hoy, como sostenía Nathalie Zaltzman en su ensayo *L'esprit du mal*, que una regresión colectiva nos retrotraiga «a un estado anterior de la evolución»; lo que ella sugería era, más bien, la temible aparición de «un estado posterior, anteriormente inexistente». En efecto, ¿cómo no preguntarse sobre el desdibujamiento del padre y su nombre en las sociedades posmodernas; sobre la erección de «monstruos totémicos» para hordas que abrevan en un odio sin ambivalencia, y sobre la omnipotencia desatada por los poderes de las biotecnologías, desde que el siglo pasado hizo surgir de su costado la figura polimorfa del *campo*, en la cual, bajo la égida de Tánatos, hombres ebrios de un supremo poder obligan a otros a sufrir? ¿Cómo conservar el valor psíquico del asesinato inaugural en la hora de los exterminios masivos? «El desecamiento del Zuiderzee», célebre metáfora freudiana del trabajo de cultura, sigue enfrentada a su prueba fundamental: se trata de evitar que el desencadenamiento de un más allá mórbido del principio de placer, posible destino de la anatomía de nuestra alma, no vuelva a devorar, como el mar los pólderes de los Países Bajos, esos progresos espirituales que son la sumisión a la realidad y el rechazo de las ilusiones, otras tantas gemas del espíritu arrancadas a la ceguera narcisista en su conjunción individual y colectiva. Pero, ¿es posible aún considerar que la *dictadura de la razón* en la vida anímica, que era el ferviente deseo de Freud, forjada gracias al trabajo de cultura, estaría en condiciones de permitirle al hombre del siglo XXI dar al concepto de *dignidad humana*, tan febrilmente exhibido por los juristas desde la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, sus cartas de crédito psíquico?